

LA CITA

“CORIFEEO.- ¡Oh habitantes de mi patria, Tebas, mirad: he aquí a Edipo, el que solucionó los famosos enigmas y fue hombre poderosísimo; aquel al que los ciudadanos miraban con envidia por su destino! ¡En qué cúmulo de terribles desgracias ha venido a parar!”

Edipo Rey.

Como lo tenía acostumbrado, Abelardo llegaba en punto de las seis a su casa, dejaba sobre la mesa del comedor su maletín y en la base de la cama los zapatos. Con una disciplina, aprendida por los años, tomaba el cuchillo, comprobando la calidad de la hoja, y dirigiéndose al cuarto de su madre con una frase cariñosa despertaba a la mujer, quien al ver el cuchillo sabía que era ineludible; ella se levantaba, acomodando algunos instrumentos domésticos y dando indicaciones a su hijo, respecto a la ropa para el día siguiente, se inclinaba en el piso, recogía su cabello y se disponía a recibir el filo del cuchillo, como lo venía haciendo durante años.

Abelardo, conocedor del punto y fuerza

exacta para el corte, no demoraba su labor y en segundos veía como el rostro de la mujer golpeaba secamente el suelo. Entonces, tomaba el cuerpo, disponía las partes más blandas con cortes largos y pausados, mientras que los pedazos duros y los huesos eran desechados. Lista la carne, preparaba la mesa y con lentitud, sin gusto y en un completo silencio, se llevaba los trozos a la boca.

Terminada la cena, dejaba las sobras junto a la cama, y caía en un pesado sueño, como aquellas bestias que duran días tras devorar a una presa. A la mañana siguiente, en punto de las cinco, el despertador indicaba la hora de ir hacia el trabajo, Abelardo tomaba una ducha, mientras en el fondo la televisión anunciaba las noticias del tránsito, el clima y los muertos de la noche anterior.

Al llegar a la mesa, veía su maletín junto a una taza de café aún humeante, y en el fondo de la cocina, una vieja figura que lo miraba, como sólo puede verse a la lluvia, recordándole que en punto de las seis lo estaría esperando.

